

LA ESTRATEGEMA DE JUAN VALENTÓN



De esto hace ya algunos años, pero vale la pena de que lo recuerde para que sepán ustedes cómo conseguí la fama de valentón que he venido teniendo siempre. Un día pisé un callo, involuntariamente, a un terrible «matasiete» que tenía la manía de los desahos. En vez de aceptar mis excusas, me envió los padrinos para concer-



tar un duelo que no pude rehuir porque hubiera sido una vergonzosa humillación. Entonces fue cuando se me ocurrió la estratagemma que fue la admiración de mi época. Figuráos que me coloqué en la espalda un potente muelle, disimulado bajo la ropa, con él acudí al campo del honor. El duelo era a muerte, pero yo estaba tan tranquilo que hasta los padrinos se maravillaron de



que me presentase tan sonriente ante un consumado duelista que llevaba muertos a innumerables rivales. Nos colocamos como era costumbre en estos casos; nos armamos con sendas pistolas y, a la voz de los padrinos... ¡pum! Disparamos. Pero yo, en el instante de disparar y antes de que pudiera llegarme la bala de mi con-



trincante, me dejé caer en tierra teatralmente. Como cada vez que caía, el muelle me hacía poner de pie, llegaron a atemorizarse y ante el cadáver que resultaba les entró tal pánico a todos, que huyeron a todo correr, sin que desde entonces se atreviese nadie a desafiarme ni a poner en duda mi indomito valor.



Segundo era un desgraciado sin oficio ni beneficio, que ni sabía cómo mantenerse ni qué hacer para ganarse la vida. Y he aquí que un día, viendo la fácil manera como una hormiga subía por la pared, se le ocurrió la idea que fue base de su fortuna. Pasó toda una tarde en coger hormigas que metía en un pote. Luego, llegado a su casa mató



de la manera más suave que pudo a las hormigas y arrancándoles las patas, las puso a hervir en un puchero. Después echó dentro la olla unos polvos de fierro, de las ruedas de una cremallera y otra substancia cuyo secreto no ha querido revelar a nadie. Con la pomada que resultó, untó las suelas de sus zapatos y en seguida llamó



a su esposa para que presenciara la facilidad con que subía por las paredes y caminaba por el techo, sin perder el equilibrio. Del techo pasó a la ventana y comenzó a bajar por la fachada de la casa, causando el asombro de la gente que no comprendía el fenómeno, ni se explicaba cómo podía trepar a los árboles caminando de pie y descender



de ellos de la misma manera. Ante prueba tan evidente, nadie dudó en comprar la misteriosa pomada que Segundo y su esposa vendieron por todas partes. Aunque no sabemos si resultó tan útil como parecía, lo cierto es que al sabio inventor le ha hecho un millonario y hoy vive Segundo en la abundancia con su esposa, su auto y su palacio.



Anacleto ha leído el anuncio que ofrece una gran cantidad, casi fabulosa para él, a quien venza al famoso campeón de boxeo, y se siente inspirado por una gran idea. Sin perder tiempo corre a comprar un puchero de fierro y vuelve a su casa donde procede a pintar una cara cualquiera en



el puchero. Llegada la noche y momentos antes de presentarse al público el famoso campeón de boxeo, Anacleto acude ante el director y formaliza la apuesta de vencer al forzado Barn. Nadie le cree capaz de realizar aquella hazaña, pero el director decide enfrentarlo con el campeón



y el «speaker» anuncia el match a seis rounds. El campeón, pensando con regocijo que va a divertirse con aquel infeliz, comienza a descargarle directo al mentón, a las narices y al cráneo! luego varios crochets y cien golpes de zurdá... Pero Anacleto los encasa sin demostrar emoción



alguna y, cuando ve al campeón fatigado, le asesta un fuerte puñetazo en el estómago que le tumba para más de la cuenta. Anacleto es declarado vencedor por K. O. sin protestas. El público aplaude a rabiar... y se ha de enfrentar a Anacleto la suma ofrecida y que le hace feliz.

EN LAS MONTAÑAS ROCOSAS



Cuando más satisfecho se hallaba Pancho Pata dándose un succento banquete, de improviso se le apareció el bandido Malruco amenazándole con dos pistolas para que le cediese su comida. Pancho Pata sufrió tal susto ante la inesperada presencia del bandido que involuntariamente dió un brinco que le hizo caer de la montaña abajo.



Pero este accidente, que para otro hubiera sido irremisiblemente mortal, para él fue el colmo de la suerte, pues la casualidad hizo que cayese sobre un iracundo pollino que se hallaba en el fondo del abismo y que, al sentirse el golpe del despeñado, empezó por soltar un formidable par de coces que envió a Pancho Pata a lo alto de la roca



y justamente le hizo caer sobre el malvado bandido a quien casi aplastó con su peso. Naturalmente, Pancho Pata se apresuró a apoderarse del malhechor atándole con una cuerda y le condujo a casa del sheriff donde le quitaron por mucho tiempo las ganas de atracar a nadie.



T B O n.º 1020

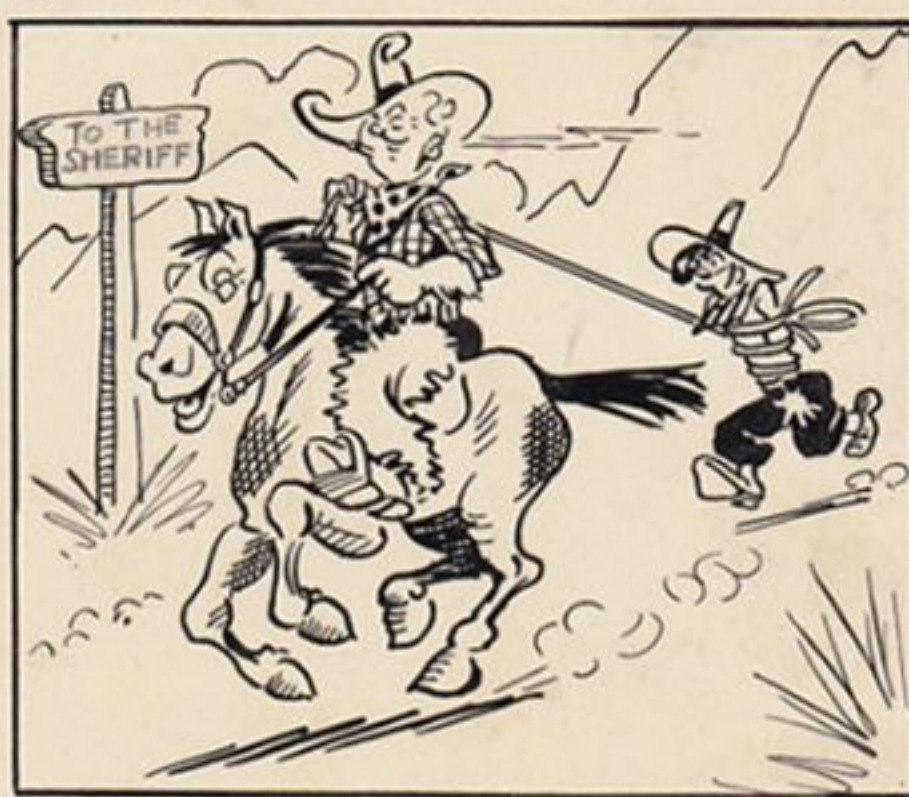
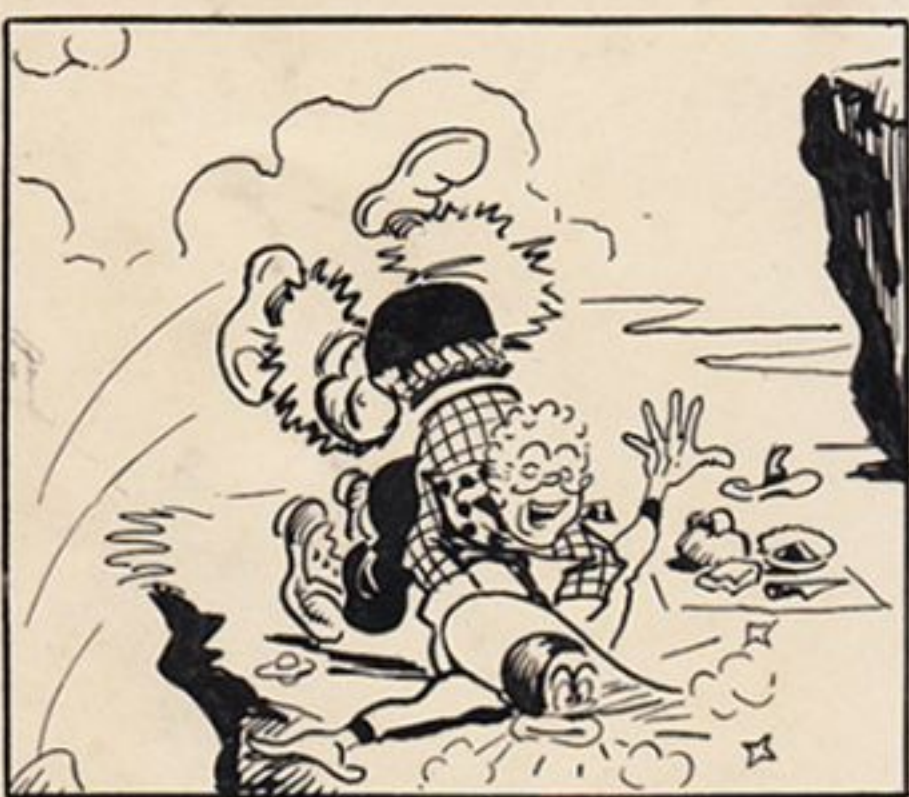


Foto número 2.- Dibujo original Mister Harding que bajo el título « En las montañas rocosas » se publicó en la página 7 del TBO número 1.020 del 20 de enero de 1937.